

NEOLIBERALISMO Y CONCIENCIA CRISTIANA

El desafío de ubicarse desde el ideal cristiano y la doctrina social de la Iglesia frente al neoliberalismo y su propuesta mesiánica de equilibrio económico y social.

En sentido estricto, esta palabra designa una opción liberal-capitalista frente al papel del Estado en la vida económica. Pero, en realidad, el término expresa muchos otros aspectos, desde ciertas representaciones sobre los límites de lo religioso ante lo profano de la sociedad, hasta la invasión de la mentalidad del mercado en los aspectos más cotidianos de la vida.

El neoliberalismo se arroga, de esta manera, incluso el derecho de interpretar los alcances de la misión de la Iglesia, reduciéndola a lo espiritual y escatológico, lo cual, aunque verdadero, es parcial. De este modo el neoliberalismo pretende conseguir que la Iglesia deje el campo libre para un determinado modo de ejercicio de las actividades políticas y económicas, que van a proclamar someterse sólo a una ciencia, la cual debe estar -por definición-

libre de valores. Así pueden presentarse los procesos económicos como resultados de una inexorable lógica científica, sin "remordimientos de conciencia" si los pobres son marginados, o los costos sociales del progreso económico son demasiado altos y recaen en los sectores sociales más desfavorecidos.

También el neoliberalismo pretende ser intérprete fiel del devenir histórico, al menos de los últimos tres siglos, mostrando todos los éxitos como lógicas consecuencias de sus postulados; y los fracasos, como los resultados de los sistemas que se han opuesto a los principios liberales. Esto se ha hecho más patente con la caída de los socialismos históricos; el neoliberalismo se proclama triunfador y oculta con su optimismo histórico los problemas reales de la humanidad-miseria, marginación, desempleo- en ningún modo resueltos.

El neoliberalismo, con todo no es un fenómeno que surge de pronto; tiene raíces profundas en los tres últimos siglos, en el proceso de secularización y en las revoluciones modernas.

RAÍCES EN EL PROCESO DE SECULARIZACIÓN

El proceso de secularización se encuentra en las raíces del pensamiento neoliberal y de otras ideologías que han querido emanciparse de las tutelas religiosas sobre los valores humanos. La cosmovisión medieval englobaba todos los valores y conquistas del pensamiento, del arte, de la razón, de la ciencia, dentro de un horizonte espiritual y religioso. Pero al mismo tiempo que la religión ofrecía certezas, sobre todo en lo relativo al sentido y salvación de la vida humana, ofrecía también fronteras y controles, a veces injustamente limitativos para la creatividad humana. Basta un ejemplo: las teorías científicas de Galileo eran juzgadas verdaderas o falsas no a partir de una lógica interna de la propia ciencia, sino de una interpretación inexacta de la Escritura extrapolando su significación religiosa para querer entenderla “fundamentalísticamente” como la única fuente de todo verdadero conocimiento humano.

Es lógico que de este conflicto surgiera la tensión y aún oposición entre fe y ciencia que se extiende incluso hasta nuestros días. La secularización no afecta sólo al neoliberalismo;

hay otras ideologías que también se nutren de agresividad ante lo religioso; todas tienen en común, sin embargo, **querer ofrecer al ser humano un camino hacia la libertad** en todas sus dimensiones. Todas las revoluciones modernas se han autojustificado por la finalidad de la libertad; y en este sentido, el neoliberalismo, encarna gran parte del espíritu moderno.

LAS TRES REVOLUCIONES

Tres revoluciones han intentado expresar las aspiraciones de la libertad. **La revolución francesa**, de signo político, aboliendo el orden establecido, rígidamente estratificado y reclamando para el pueblo, para todos los ciudadanos, el derecho de participación en la vida del Estado. Esta revolución encontró a sectores de la Iglesia, sobre todo jerárquicos, en las trincheras de la defensa de lo tradicional, de lo monárquico identificada con los intereses de la nobleza; sería injusto ignorar que el pueblo sencillo encontró también en la Iglesia el sentido de su fe, y en muchos miembros de la Iglesia, el testimonio de la caridad; los pobres y los enfermos habían sido tradicionalmente acogidos por la Iglesia en asilos, hospitales; familias religiosas habían surgido como respuesta y expresión de la caridad cristiana. Pero los líderes de la revolución política francesa no se distinguieron por sus referencias cristianas; tampoco pretendían ser decididamente ateos; por la razón proclamaban un ser Absoluto, un Deísmo.

La revolución industrial no se manifestó como anticlerical, ni anticristiana. Los nuevos medios de producción (máquinas), las nuevas posibilidades de utilizar los recursos (transporte marítimo movido por carbón y no por velas o trabajo esclavo de remeros), la increíble expansión de los mercados que sobrepasan las fronteras de los distintos imperios coloniales, siendo fermento de rebeldía desde las colonias hacia sus respectivas metrópolis; todo ello no se presentaba necesariamente como opuesto a valores de la fe. Lo económico se extiende a todas las dimensiones de la vida, y hasta para proteger el dinero necesario para una obra de caridad hay que acudir a una institución bancaria. Los adelantos de la técnica dejaron en segundo lugar otros interrogantes éticos; no bastaba saber cómo hacer muchas cosas, sino también cómo respetar el valor del trabajo humano para darle su sentido y su remuneración. La revolución industrial puso en cuestión, por primera vez en dimensiones trágicas, el sentido y valor del trabajo humano, sobre todo el manual; hay casi una natural transición del trabajo esclavo al trabajo libre pero explotado económicamente; es decir, hay formas sutiles de esclavizar al hombre, que olvidan muchos neoliberales celosos de condenar el oscurantismo de siglos pasados por no haber rechazado la esclavitud al antiguo estilo, pero ciegos ante las formas sutiles de la explotación del trabajador, consecuencia de los postulados ideológicos modernos.

La revolución socialista se alimenta de las premisas de la revolución; quiere rescatar el valor y la dignidad de los trabajadores; proclama sus dogmas estatizantes, confiando a un Estado -ateo por las circunstancias históricas del papel sacralizador de la propiedad privada, que la religión jugó para mantener el status-quo- la solución de los problemas y conflictos entre las clases sociales.

LA REALIDAD HOY

Las tres revoluciones han confirmado el papel secular iniciado en el primer proceso ya señalado y cada una a su manera ha insistido en que a la religión no le compete ni lo político de las libertades de los ciudadanos, ni lo económico de las necesidades de los consumidores, ni lo social de la organización de las clases enfrentadas por los conflictos socio-económicos.

Para el neoliberalismo actual, la religión debe mantenerse al margen de estas realidades profanas, exclusivamente temporales y de responsabilidad de los seres humanos; la religión, dejada a las conciencias individuales, debe fundamentar una moral que respete los valores proclamados por estas revoluciones históricas, pero no cuestionarlos.

El neoliberalismo viene a agravar tensiones y problemas que se fueron delineando en los procesos anteriores. **La robotización de la producción** amenaza con el

desempleo masivo; el trabajo humano va quedando desplazado y siendo sustituido por la máquina. Este hecho, en sí, no sería negativo si los nuevos medios de producción altamente tecnificados sirvieran para "financiar" el ingreso del excedente de trabajadores a la capacitación para otros trabajos, por ejemplo, en el área de servicios, salud, educación, etc. Pero precisamente la "**privatización**" de todos esos servicios, deja a los trabajadores desplazados por el desempleo, sin ningún derecho que reclamar ante un Estado que se desentiende de los social, y que además se automargina de todo mercado de trabajo. El progreso moderno, a pesar de su avanzada tecnología está "fabricando" un número cada vez mayor de pobres; está canalizando la participación política por democracias ficticias, desarticulación de organizaciones populares y de fuerzas políticas; y finalmente está cambiando sutilmente los valores ofreciendo sustituir las "utopías" imposibles por "topías" de abundancia de bienes tangibles y al alcance del dinero.

PISTAS DE UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN

La Iglesia no se ha encontrado pasiva ante estos procesos. Ha levantado su voz en varias ocasiones, ya desde el inicio de la "cuestión social" en tiempos de León XIII con la *Rerum Novarum*. El liberalismo económico, celoso defensor de la propiedad privada de los medios de producción, ha

pretendido encontrar en el magisterio de la Iglesia la confirmación de sus principios. En realidad, se ha entendido sin matices importantes, la afirmación sustancial de la legitimidad de la propiedad privada que ha sido tradicionalmente enseñada por la doctrina de la Iglesia. Dichos matices establecen que **la propiedad privada es derecho de administración de los bienes y no de uso privado** -mucho menos, de uso egoísta y excluyente-. Por eso la Iglesia ha insistido siempre en una doble función personal y social; es decir, de aplicar a sí mismo lo necesario, pero de dedicar lo superfluo a servir el bien común.

La Encíclica "*Centessimus Annus*" ha tomado posición frente a los problemas específicos que plantea el neoliberalismo ante la desaparición de los socialismos del Este Europeo. En ella, el Papa se refiere repetidas veces al "error antropológico" que se manifiesta tanto en el socialismo ateo como en las formas del consumismo moderno, que en su esencia es materialista. Este error en la concepción del hombre está relacionado con el vacío de Dios, con su negación. Para resolver los problemas humanos, tanto sociales, como políticos y económicos, es necesaria una adecuada imagen de Dios, y por tanto una nueva evangelización.

En el momento actual y ante los desafíos del neoliberalismo es conveniente "re pensar" desde nuestro contexto latinoamericana-

no el tema de Dios que Juan Pablo II considera tan decisivo en el momento de evaluar las causas del fracaso del socialismo.

DOCTRINA SOCIAL Y EVANGELIZACIÓN

*¿Cuál es la correcta interpretación sobre la extensión de la Evangelización? La doctrina social de la Iglesia, formulada por León XIII, según Juan Pablo II surge precisamente en un momento de controversia, no muy diferente de la actuales en América Latina. En la época de León XIII, la aparición de la **Rerum Novarum** fue un evento significativo porque "establecía un paradigma permanente para la Iglesia. Ésta en efecto, hace oír su voz ante determinadas situaciones humanas, individuales y comunitarias, nacionales e internacionales, para las cuales formula una verdadera doctrina, que le permite analizar las realidades sociales, pronunciarse sobre ellas y dar orientaciones para la justa solución de los problemas derivados de las mismas" (CA 5d). Juan Pablo II advierte que esta voz de la Iglesia no fue pacíficamente aceptada. "En efecto prevalecía una doble tendencia: una, orientada hacia este mundo y esta vida, a la que debía permanecer extraña la fe; la otra, dirigida hacia una salvación puramente ultraterrena, pero que no iluminaba ni orientaba su presencia en la tierra" (CA 5e)*

Estas palabras parecen actualísimas en la conciencia actual de nuestra Iglesia de América Latina. El gran argumento utilizado contra la opción por los pobres, fue el de "**inmanentismo**", el de desviar a la Iglesia de su finalidad espiritual, el de reducirse a los problemas sociales y temporales. Aquí el Papa afirma con su autoridad de Pastor que esta interpretación "espiritualista" y "escatologista" de la fe, es inadecuada.

No se trata solamente de defender una voz de la Iglesia ante las situaciones humanas relacionadas con la realidad social y económica. Se trata de reconocer que esta voz nace desde lo más profundo de su identidad en cuanto Iglesia, y que pertenece, desde lo profundo de su ser, al deber de los Pastores que conducen la Iglesia. Por eso es tan importante recordar el pensamiento de Juan Pablo II que en la *Centesimus Annus* (5e) afirma lo siguiente:

- a) que la formulación y difusión de la doctrina social pertenece a la misión evangelizadora de la Iglesia;
- b) que forma parte de ella de modo esencial;
- c) y esto porque expone las consecuencias del Evangelio para la vida social;
- d) permitiendo encuadrar la vida cotidiana y las luchas por la justicia en el testimonio de Cristo Salvador;

e) que en el campo socioeconómico se darán inevitables conflictos, pero frente a ellos la doctrina social, como parte de la evangelización, podrá ser fuente de unidad y de paz;

f) que gracias a la doctrina se salvará la dignidad doblemente amenazada en los que son víctimas de las injusticias, y en los que son sus adversarios;

g) que se orientará esta situación conflictiva hacia su solución final.

No puede decirse, pues, y ojalá no se vuelva a decir en el futuro, que hablar de los temas sociales es tarea ajena a la misión de la Iglesia en su obra evangelizadora (a,b).

Es verdad que en la época inicial del cristianismo muchos de los modernos problemas socioeconómicos no existían, pero del Evangelio se deducen "consecuencias" para la vida de hoy, donde son inevitables los conflictos, que deben ser encaminados a buen resultado. Pero los dos incisos del texto merecen un destaque mayor: el hecho de que las luchas por la justicia, realizadas hoy, no son ajenas a la vida de Cristo y pueden ser "encuadradas" dentro de su testimonio evangélico, que bien entendido, fue también contexto de afirmación del Reino de Dios en medio de las contradicciones de los adversarios. Precisamente por esta vinculación de las luchas de hoy con el ejemplo del "Jesús histórico" podrá

nacer la actitud de profundo respeto de la dignidad humana en los que son violados sus derechos también en aquéllos que los violan, imitando a Jesús que defiende y privilegia a los pobres, pero también intercede por sus adversarios ante el Padre.

La vinculación de la doctrina social con el Evangelio queda clarificada, pues, por la cita ofrecida. Pero hay algo más, el Papa se refiere a la "nueva evangelización". "La nueva evangelización de la que el mundo moderno tiene urgente necesidad y sobre la cual he insistido en más de una ocasión, debe incluir entre sus elementos esenciales el **anuncio de la doctrina social de la Iglesia**, que como en tiempos de León XIII, sigue siendo idónea para indicar el recto camino a la hora de dar respuesta a los grandes desafíos de la edad contemporánea, mientras crece el descrédito de las ideologías. Como entonces hay que repetir que **no existe verdadera solución para la cuestión social fuera del Evangelio** y que por otra parte, las "cosas nuevas" puedan hallar en él su propio espacio de verdad y el debido planteamiento moral" (CA 5f).

La revelación que desde Cristo abre al ser humano a la profundidad de su misterio toca la integridad del ser del hombre, y por tanto no sólo las dimensiones internas de su ser, sino también las externas de sus relaciones sociales.

El no haber comprendido la totalidad de lo humano que es confrontado con Dios en el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, es la raíz profunda de la incomprensión de la doctrina social.

LOS POBRES, SUJETOS DE LA EVANGELIZACIÓN

La doctrina social nos permite poner en el centro de la nueva evangelización a los pobres, quienes también tuvieron lugar privilegiado en la primerísima evangelización. Hay entre ellos y el anuncio de la buena nueva del Reino de Dios una particular relación que sobrepasa las circunstancias de una época determinada de la historia. Los pobres, los humildes, los sencillos, captan el misterio del Reino, no por ser más inteligentes o mejor dotados, sino sencillamente porque al Padre le ha parecido bien hacerlo así, mientras que esos misterios son ocultados a las miradas de los sabios, de los prudentes, de los más poderosos (Mt 11,25).

Esa predilección del Padre, de la cual Jesús quiere ser testigo, encierra un sentido particular: no nace de los méritos humanos, sino de una particular condición, donde por paradoja, parecen no darse las condiciones para la alegría, la felicidad, la sabiduría.

El pobre, entonces, en el ámbito de la evangelización, no es una categoría económica. "Se trata, en efecto, de una opción que no vale solamente para la

pobreza material, pues es sabido que, especialmente en la sociedad moderna, se hallan muchas formas de pobreza no sólo económica, sino también cultural y religiosa. El amor de la Iglesia por los pobres, que es determinante y pertenece a su constante tradición, la impulsa a dirigirse al mundo en el cual, no obstante, el progreso técnico-económico, la pobreza amenaza con alcanzar formas gigantescas" (CA 57b).

Para Pablo VI, en su bello texto del paso de condiciones menos humanas a más humanas (PP 20-21), el proceso comienza por las situaciones menos humanas, descritas por él como "las carencias materiales de los que están privados del *mínimum vital* y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo". De una pobreza así hay que salir, porque Dios no quiere que sus hijos carezcan de los bienes generosamente ofrecidos por El en la creación para su crecimiento material y moral. Pero líneas después, Pablo VI considera la pobreza como una meta más humana, "la orientación hacia **el espíritu de la pobreza**" (PP 21), porque hay en la pobreza un misterio que humaniza.

La Iglesia puede estar unida a todos los esfuerzos humanos por erradicar las pobreza que son carencias, pero tiene que defender vigorosamente que hay en la pobreza un misterio que aproxima a Dios, porque nos hace sentir la necesidad de su ayuda y la de nuestros hermanos, un misterio

rio que suscita y hace brotar las auténticas y generosas solidaridades, de las que tanto ha hablado la doctrina social.

EL REINO

En este sentido, hablar del Reino y hablar de los pobres equivale a explicar desde dos caras, la misma riquísima moneda que es la evangelización. El Evangelio, la Buena Noticia, es la presencia del Reino que es dada a los pobres.

¿En qué consiste el Reino que Jesús anunció? Su riquísimo contenido está explicado en las parábolas. No nos detenemos en una exégesis de ellas; preferimos el camino más corto y pedagógico de la oración que Jesús nos enseñó a rezar. Allí el Reino es contenido de una las peticiones, la segunda, después de pedir que el Padre sea glorificado.

Un breve análisis de la oración del **Padre nuestro** nos muestra una diferencia entre las 5 primeras peticiones que se dirigen al Padre para que sean concedidos dones del Reino, y las últimas, para que se nos evite caer en el abismo del anti-reino, que es el mal y su disfraz, la tentación. La oración del Padre Nuestro es pues una oración del combate entre la luz y las tinieblas, entre el amor cuya fuente y perfección están en el Padre, y el egoísmo, el odio, cuya raíz está en el mal que puede poseer el corazón humano.

Entre la invocación y la petición del Reino se encuentra la primera petición por la glorificación del Padre, expresada conforma la costumbre de aquella época, por el circunloquio del "nombre". **El Reino está pues orientado a la gloria del Padre**, es su realización, su cristalización. El Reino de Dios no es el proyecto del hombre ni la glorificación de éste; es una realidad que adviene por un lado, puesto que es objeto de una petición, y que nosotros acogemos activamente, construyendo su realidad, puesto que es una tarea que Dios nos confía. Pero la finalidad de este Reino es **glorificar al Padre desde el corazón alegre y confiado de un hijo**.

Las 3 peticiones que vienen a continuación de la del Reino, pueden ser consideradas como una explicitación del contenido del Reino, puesto que éste consiste en que la voluntad del Padre sea realizada aquí en la tierra como en el cielo. La idea implícita es que en el cielo ya reina Dios, pero que la historia humana tiene que ser igualmente el espacio de su reinado. Pero esta historia está conducida y gestada por los hombres y las mujeres; no se trata de una "invasión" de un reino sobre otro, sino de algo diferente, puesto que las personas que conducen la historia son "hijos e hijas de Dios". Por eso, la voluntad del Padre no puede ser otra que la felicidad de sus hijos, y ésta tiene algunas condiciones para que se realice. Jesús nos pone dos, como sín-

tesis de aquello que el Padre quiere pedir a sus hijos para que el Reino sea una realidad: que el pan sea compartido y que el perdón mutuo sea dado generosamente como el mismo Padre lo otorga a sus hijos.

El Reino de Dios, pues, desde la perspectiva del **Padrenuestro** no suprime ni amenaza ninguna realización ni proyecto humano, sino que les señala sus condiciones de humanización. Que en la tarea de "dominar el mundo" recibida como misión el primer día de la creación, se realice **el encuentro de los hermanos**.

Ya aquí surgen las grandes diferencias del Reino de Dios y de los reinos humanos. La grandeza de los reinos de este mundo, con muchísima frecuencia, es edificada por las conquistas y sobre los despojos de los otros pueblos conquistados, colonizados, sea militar, cultural, económica o políticamente. Impresionantes desfiles militares son organizados para celebrar a los héroes que aniquilaron a los adversarios.

COMPARTIR EL PAN Y EL PERDÓN

En el Reino del Padre, **el símbolo del pan**, que representa la actitud humana fundamental frente a la tierra, es decir, trabajarla para recibir de ella el sustento, está adjetivado por la palabra **"nuestro"** que habla de la participación de todos en el banquete de la vida. Los reinos de este mundo se han construido no sobre el "nuestro" de un pueblo y otro, sino sobre

el "mío"-pero-no-"tuyo" de los enfrentamientos entre unos pueblos y otros. Con cuánta profundidad y belleza expresa este pensamiento el Papa Pablo VI al decir: "No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres creados a imagen de Dios. La relación del hombre para con Dios Padre y la relación del hombre para con los hombres sus hermanos, están de tal forma unidas, que como dice la Escritura, el que no ama no conoce a Dios (1 Jn 4,8)" (Octogésima Adveniens, 17).

Junto a la petición del pan compartido, o más concretamente, a la gracia de saber compartido, o más concretamente, a la gracia de saber compartirlo, por la generosa solidaridad con los que lo necesitan, Jesús pone otra petición: **el perdón**. Así como el "nuestro" del pan no tiene límites, sino que se refiere al ilimitado horizonte de todos aquéllos que pueden llamar a Dios "Padre Nuestro" es decir la humanidad entera, así **el perdón tampoco tiene límites**, porque el amor que en Cristo es revelado como amor del Padre se extiende incluso hasta los mismos pecadores. Cuando estábamos en el pecado ya éramos amados por Dios, pues su hijo murió por nosotros (Rom 5,5-8). Por esta razón, porque Dios no tiene enemigos y ama a todos, por eso se nos pide amar del mismo modo. La Biblia "nos habla continuamente del compromiso activo en favor del hermano y nos

presenta la exigencia de una corresponsabilidad que debe abarcar a todos los hombres (CA 51a).

El Reino así entendido no es, pues, recorte del poder y de la libertad humana, como amenaza de un poder contra otro, sino que orienta y purifica las realizaciones humanas, basadas en el egoísmo de personas y de grupos, y las divisiones humanas que llevan hasta la enemistad y el odio. "El Reino de Dios, presente en el mundo sin ser del mundo, ilumina el orden de la sociedad humana, mientras que las energías de la gracia lo penetran y vivifican. Así se perciben mejor las exigencias de una sociedad digna del hombre; se corrigen las desviaciones y se corrobora el ánimo para obrar el bien" (CA 25e).

POR UNA CULTURA DE LA SOLIDARIDAD

Estos rasgos típicamente evangélicos, son, por otra parte, el polo opuesto de los valores que introduce el neo-liberalismo.

Cada cultura configura métodos e instrumentos propios para dominar la naturaleza, para organizar la sociedad, para representar el misterio de lo trascendente. **Evangelizar la cultura** significa marcarla con el sello del Evangelio, del anuncio del Reino, de la Buena Nueva de que Dios es Padre; el mundo, la fuente del pan para todos; la sociedad, el encuentro de hermanos reconciliados.

En contraste con este ideal del Reino, encontramos nuestros pueblos con una cultura muy poco evangelizada: Dios no es padre de todos, sino parece ser entendido como el protector de unas castas, el que tiene que garantizar un orden inmutable, aunque sea injusto y margine a las mayorías; o por el contrario, como si Dios fuese el vengador de los oprimidos que quiere el exterminio de los opresores.

No encontramos tampoco la sociedad fraterna del pan compartido; no nos duele el hambre de los hermanos pobres, pasamos indiferentes o ignoramos sus chozas, no nos angustia el desempleo, ni la violencia y criminalidad que se alimentan de una sociedad **desestructurada**.

No encontramos la sociedad de hermanos reconciliados; que reconozcan que más importante que las causas que dividen, son las llamadas al encuentro de los hermanos, que todos constitutivamente somos.

Estas pinceladas no describen suficientemente la situación de América Latina: el hambre de muchos, las tensiones y los conflictos, las ambigüedades de nuestras expresiones religiosas.

Es aquí donde la **Doctrina Social tiene que ser un instrumento de evangelización**. Ella nos recuerda la realidad concreta del hombre, que "creado para la libertad lleva dentro de sí la herida del pecado ori-

ginal que lo empuja continuamente hacia el mal y hace que necesite la redención. Esta doctrina no sólo es parte integrante de la revelación cristiana, sino que tiene también un gran valor hermenéutico en cuanto ayuda a comprender la realidad humana" (CA 25c)

La Doctrina Social ayuda en la evangelización, en primer lugar, desde sus presupuestos fundamentales: La Fe tiene una constitutiva dimensión social e histórica; no se reduce a una conversión de los individuos y una espera del Reino escatológico, sino que abarca las relaciones sociales de las personas, las familias, los pueblos, los grupos, la evangelización de las culturas. La Fe quiere mostrar la presencia del Reino en la realidad de esta historia, sabiendo, sin embargo, que esta realidad será todavía imperfecta, pero verdadera, en espera de la plenitud de su revelación.

La Doctrina Social presupone y exige una conciencia social, tremendamente olvidada en la civilización del individualismo neoliberal, del máximo lucro individual, del estímulo del propio interés, procurando evadir las leyes que regulan el bien común, e ignorar la voz de la conciencia moral.

Pero la Doctrina Social es instrumento, además, en razón de sus contenidos. Hemos procurado articular los diversos elementos en torno a las tres dimensiones de la cultura: Dios, sociedad y naturaleza.

Los ideales del Reino, la paternidad de Dios, la fraternidad humana, la referencia de la naturaleza, sometida por el trabajo para la vida de todos, tienen que evangelizar la cultura, examinando críticamente los aspectos incompatibles con el Reino, que en el desafío del neoliberalismo se encierran los gérmenes del individualismo, del lucro desmedido, de la marginación de los más pobres.

Si el neoliberalismo presenta desafíos profundos, responder a ellos nos forzará a **revitalizar nuestro compromiso con los pobres**; compromiso que surge más nítidamente evangélico cuando no existen propuestas ideológicas alternativas.

Autor: Ricardo Antoncich

Poniendo en común

Propiedad de El Movimiento de la Palabra de Dios - Rama Femenina de Nazaret.
Av. San Juan 2831 (Buenos Aires)

Distribución

Editorial de la Palabra de Dios
e-mail: editorial@crisovive.org.ar
Tel: 011 - 4931-8388
www.crisovive.org.ar

Otros Números:
[Poniendo en común](#)